

TVE: "Grandes detectives"

LA PIPA MEJOR QUE LA PISTOLA

RAMIRO CRISTOBAL

ELLOS son, en general, hombres de pensamiento y profunda cultura. El ajeteo de la lucha física contra el crimen no les atrae: prefieren la pipa a la pistola. No es que, de vez en cuando, no se vean obligados a golpear o disparar —y en ese caso son terriblemente eficaces—, pero, por principio, desprecian el trabajo que puede ser hecho por un simple guardia uniformado. Los detectives de la "novela-problema" utilizan el guante blanco; resuelven el enigma entre nubes de humo de tabaco refinado y notas de violín. De coger a los culpables ya se encarga el prolongado y todopoderoso brazo de la ley.

De los seis detectives que "actúan" en la serie de televisión, la mayoría son de este género. Desde el más "puro" de esta tendencia, que es el Augusto Dupin, de Allan Poe, hasta el más "contaminado" por la acción, que puede ser el Callaghan, de Peter Cheyney, o el inquieto Nick Carter. Los demás, Sherlock Holmes, de Conan Doyle; Lecocq, de Gaboriau, y Wens, de Steeman, son intermedios. Casi todos tienen algo más en común: su afición por el disfraz. Tanto Holmes como Lecocq y Nick Carter son maestros en adoptar las más diversas personalidades. Y esto viene a demostrar que si a la inteligencia y los conocimientos enciclopédicos se unen, en dosis aceptables, la astucia y la capacidad de disimulo, no habrá malhechor que se resista y el orden volverá a reinar.

Los sueños de la razón

¿Por qué, precisamente, estos seis detectives? La selección no deja de ser sorprendente. Para empezar, han sido eliminados de un plumazo todos los grandes repre-

sentantes de la novela negra; ni Sam Spade, ni Marlowe, ni Archer, ni Max Thursday, ni los dos detectives negros de Chester Himes. Ni tan siquiera el sofisticado y antipático Lemmy Caution, el otro gran detective de Cheyney que ha cedido el terreno a su hermano literario, Callaghan. Pero es que, dentro de la "detection novel", tampoco han sido incluidos la mayoría de los primeros espadas, exceptuando a Sherlock Holmes y quizá a Augusto Dupin. Puestos a sacar los grandes adivinadores, parecería obligado referirse al juez Ti, de Van Gullik; Charlie Chan, de Earl Derr Biggers; Philo Vance, de S. S. Van Dine; Ellery Queen, de Ellery Queen; Nero Wolfe, de Rex Stout; el padre Brown, de Chesterton, o, desde luego, Hércules Poirot y la señorita Marple, de Agatha Christie.

Sin embargo, dicha selección no deja de tener un cierto sentido. Por un lado está el predominio de los detectives europeos sobre los americanos. Así, aun los dos investigadores de autores americanos "operan" en Europa: Augusto Dupin en París y Nick Carter en Manchester. Por lo demás, Conan Doyle y Peter Cheyney son ingleses y sus detectives, lo mismo; Steeman es belga y Gaboriau, francés. De la misma manera, a despecho de la moda del "thriller" y de las posibilidades que la novela negra tiene para el cine y la televisión, se ha dado prioridad a los "pensantes" sobre los "actantes". Hay, por último, una unidad literaria, por decirlo así. Nick Carter viene a ser una versión popular —y casi en clave de "comic"— de Holmes y Lecocq, y Callaghan viene a ser un Carter moderno.

La serie televisada tiene, pues, un sentido que revela un conocimiento bastante

profundo del género, aunque es difícil entender por qué se ha elegido esta línea argumental y no cualquier otra que hubiera tenido quizá más posibilidades cinematográficas y presentado personajes más conocidos del público medio. Probablemente, las productoras del serial —televisión francesa, televisión suiza, Bavaria Atelier, Mars International Productions, etcétera— han creído conveniente volver sobre viejos ídolos bastante recordados en sus paí-

ses de origen. Por lo demás, y a la vista de los episodios pasados, el resultado no parece precisamente feliz.

Holmes y Dupin: el cadáver exquisito

Los dos son hijos de la sociedad victoriana y del puritanismo americano. Pero, también, del racionalismo, el positivismo y la confianza más absoluta en las posibilidades de la ciencia y de la mente en progreso. Holmes,



Sherlock Holmes, según un grabado de la época.



"Misión secreta".



"Seis hombres muertos".

terrible reaccionario en política, es, sin embargo, como su colega americano (o francés, según el capricho de Poe), un convencido admirador del progreso humano.

Dupin, el detective de Poe (Boston, 1809-Baltimore, 1849), no intervino más que en tres aventuras: "El misterio de Marie Roget", "Los asesinatos de la calle Morgue" y "La carta robada", que se pondrán en televisión. Se nos presenta como "un joven caballero de una familia excelente —y hasta

ilustre—, pero una serie de desdichadas circunstancias le habían reducido a tal pobreza, que la energía de su carácter sucumbió ante la desgracia, llevándole a alejarse del mundo y a no preocuparse por recuperar su fortuna". Advirtamos, de pasada, que esta circunstancia de los jóvenes de buena familia venidos a menos se repite con frecuencia en las novelas. El propio Lecocq comparte este triste destino.

En los tres relatos protagonizados por Dupin, con el uso

de su implacable lógica, se resuelven algunos problemas que han sido clave en la literatura posterior del género. En "Los asesinatos de la calle Morgue" se da solución, bien que mal, a un problema de "habitación cerrada", auténtica piedra de toque de la novela-problema, es decir, aquel en que se encuentra un cadáver dentro de una habitación, cerrada por dentro, y donde no hay salida posible para el asesino, alguien debe estar como testigo ante la puerta. Se han resuelto los problemas de habitación cerrada de formas tan diversas como haciendo que el asesino sea el propio detective; con un dispositivo mecánico que haga desaparecer el arma tras el disparo o, como lo hizo Poe, a base de un orangután trepador. En "La carta robada", otro hallazgo: el esconder algo muy buscado, dejándolo a la vista de todos. En "Marie Roget" (un caso realmente ocurrido en su época y nunca resuelto), la deducción encadenada sobre las apariencias de inocencia. Para estar en la primera mitad del siglo XIX, el balance no está nada mal.

Sherlock Holmes, nacido de la creatividad de Conan Doyle (Edimburgo, 1859-Sussex, 1930), tiene un aspecto físico ya conocido. El mismo se define: "Alto, flaco, de cráneo marcadamente dolicocefalo, de rostro afilado y vivaz". Su permanencia en el 221 de Baker Street y sus largas parrafadas pedantescas con su ayudante, amigo y biógrafo, el doctor Watson, son igualmente conocidas; como lo es su insólita afición por la química, el violín o fumar opio. Menos conocido, pero digno de señalarse, es la extraordinaria castidad y la misoginia del detective. Sobre esto ironizaba Billy Wilder en su "Vida privada de Sherlock Holmes", en la que sugería, incluso, una cierta "liaison" amorosa entre Holmes y Watson. Este caballero inglés, aquejado de todos los prejuicios religiosos y morales de la clase burguesa de su tiempo, se pasa la vida exorcizando el mal tal como él lo entiende: a través de la lucha contra el delito. Por si fuera poco, hay una notable influencia colonialista en sus relatos: muchos de sus asesinos se han dado al vicio y la maldad durante su permanencia en la India. En otro sentido, también muy reaccionario, Doyle fue el primero que creó el personaje del sabio malvado, en la persona del gran enemigo de Holmes, el profesor Moriarty, un gran matemático, enloquecido por la ambición, que aspira a constituir el perfecto sindicato del crimen.

Resulta, sin duda, curioso que sea Holmes, uno de los detectives más identificados con los prejuicios de la clase media, el que haya permanecido por más tiempo y goce de mayor popularidad cien años después de su creación. Ha resistido modas y modos de toda clase y calidad.

Lecocq y Carter: maestros del disfraz

Principio y cumbre del folletín policíaco, el francés Emile Gaboriau y los autores de Nick Carter están cerca de la novela de aventuras por entregas y de los relatos de misterio al estilo de las andanzas de "Rocambole", de Ponson du Terrail.

LA PIPA MEJOR QUE LA PISTOLA

Gaboriau, nacido en 1832, fue pasante de notario y secretario del escritor Paul Féval. Su conversión al género policíaco vino tras la lectura de las obras de Poe según la traducción francesa de Baudelaire. A partir de 1861 escribió un buen número de novelas, entre las que destacaron "El asunto Lerrouge" y, ya en 1869, "Monsieur Lecocq" (será la que aparezca en televisión). Su personaje detectivesco, Lecocq, tiene una historia equívoca, pues en un principio su autor lo presenta como un ex delincuente regenerado y enlazaba, así, con la tradición del personaje auténtico, Vidocq, un ex delincuente que llegó a convertirse en jefe de la Sureté francesa a principios del siglo XIX, llegando a constituir una brigada policial formada por ladrones regenerados. Forma de operar: la experiencia habida en su vida anterior, más la creación de una red de espionaje (Les Mouches) y la habilidad en el disfraz. Este método será imitado por el literario Lecocq, de Gaboriau, al que añade el método deductivo copiado de Dupin. Así, dice que la investigación detectivesca se asemeja al trabajo de "esos naturalistas que con sólo examinar dos o tres huesos recomponen el animal a que pertenecen", con una clara alusión a Cuvier. Curiosamente, cuando Lecocq llegó, a un primer plano en sus novelas, Gaboriau le redimió de su pasado y, como Dupin, pasa a ser un joven de buena familia arruinado. Nunca más volvió a hablar de una juventud delincuente.

En cuanto a Nick Carter, su historia es muchísimo más azarosa y compleja. Para empezar, no tuvo un autor, sino varios, que se iban pasando el personaje. Fue creado en 1880 por el escritor John R. Coryell y fue recreado por otros varios y algunos, como Frederic van Resselael Dey, escribieron más de millar y medio de aventuras de Carter. Por eso, para unos es deductivo y "pensante" y para otros hombre de acción. Para todos se disfraza y es un elegante y cínico personajillo. En ciertos casos es detective privado y en otros trabaja, por

libre, para la propia Policía. La etapa más curiosa de Carter es aquella en que tiene su oficina en Manchester, lugar donde nunca pasa nada y tiene que estarse trasladando continuamente a Londres.

Tanto uno como otro tienen una calidad literaria bastante mediocre (aunque Lecocq cuenta con partidarios de tanto fuste como Gide), pero tuvieron la gran virtud de acercar la novela policíaca a un amplísimo público popular a través de las llamadas "dime novels", es decir, las históricas novelas o entregas de un centavo.

Wens y Callaghan: supervivientes

Stanislas-André Steeman nació en Lieja, en 1908. Es, junto con Simenon, el autor



"Seis hombres muertos".

belga de policíacos más conocido. En 1931 obtuvo el Gran Premio de la novela de aventuras precisamente con "Seis hombres muertos", el relato programado por Televisión Española. Steeman, que es un maestro utilizando la ironía, tiene como personaje principal al inspector Wens, o, en realidad, Wenceslas Vorobeick, un simpático personaje, aparentemente no muy listo, pero en el fondo de gran eficacia. Alterna su protagonismo con Desiré Marco, otro investigador del mismo autor. Curiosamente, Steeman suele situar a sus personajes en

Londres y aprovecha así para incluir claves en francés (por ejemplo, en "El asesino vive en el 21") que resultan incomprensibles para las personas que viven la trama.

Por lo que se refiere al detective Slim Callaghan, criatura de Peter Cheyney (1891-1951), es el que se aparta más, como ya queda dicho, del espíritu aristocrático y razonador de los detectives citados. Callaghan entra ya en la "hard boiled novel" o "thriller" y es el clásico hombre que maneja los puños, bebe whisky en cantidades considerables y se pasa la vida rodeado de vampiras. Es un heredero moderno, y cínicamente violento, del Nick Carter aventurero. Es de advertir que Callaghan, cuyo autor seguramente no cono-

ca, sea ésta escrita o filmada. La corriente literaria de la novela-problema está pidiendo a gritos una reivindicación, sin menoscabo de admitir la postura reaccionaria de sus principales autores y, por tanto, de sus personajes. Parece importante el rescatar la principal característica de este tipo de literatura popular: a saber, su condición de temática realista por excelencia, en la que una ética admitida por todos los autores prohíbe la intervención de potencias ocultas y sobrehumanas. Por muy enrevesado que parezca un caso, al final se resolverá por medios naturales y se descubrirán los motivos ocultos que lo provocaron. Es un antídoto de primer orden contra la metafísica en la vida cotidiana.

En un hermoso ensayo breve, Gramsci comparó, muy inteligentemente, las figuras de Sherlock Holmes y del padre Brown. Para el marxista italiano, el primero es fruto del racionalismo protestante que, probablemente a su pesar, representa Conan Doyle, mientras que el padre Brown responde al providencialismo irracionalista que su autor, el católico Chesterton, prodigaba en sus relatos. El propio Lukács se ocupó del caso aunque no tan favorablemente para la novela policíaca en general. Por lo demás, es necesario recalcar que la novela negra no tiene una vertiente crítica y progresista casi más que en las novelas de Hammet y Chandler; los seguidores posteriores quedan sólo con la violencia, la cual, en opinión de Lukács, "sustituye a la verdadera tensión política, la que está ligada a la lucha real por el socialismo".

Sea como sea, el género policíaco, y particularmente la novela-problema, constituye una muy sana terapéutica social en un mundo demasiado ganado por los irracionales y las explicaciones poco satisfactorias. La serie de televisión, a despecho de la baja calidad de muchos de sus episodios, puede acercar al espectador a todos estos temas. ■ R. C.

cia' las obras de Hammet y Chandler, no es en absoluto un crítico del entorno social, como Spade y Marlowe. Es simplemente un policía violento y sádico, con un concepto absolutamente reaccionario del delito.

Al menos, un respiro

Es claro que no están todos los que son y ni siquiera estoy seguro que sean todos los que están. Sin embargo, creo que es de agradecer un cierto descanso en la oleada de violencias de la producción policíaca.